

La construcción de poderes desde las radios populares: nuevos desafíos político-comunicativos

*“Pienso en una imaginación del presente
más que en una imaginación del porvenir”.*
Etienne Balibar

La temática “Poderes históricos y posibles hoy desde la radio popular en América Latina y el Caribe” contiene, tal como ha sido formulada, una certeza: las radios populares –porque no se trata de una sino de múltiples y variadas versiones del quehacer radiofónico–, han representado un espacio de poder. Y al mismo tiempo contiene una interrogación: nos proponer pensar en los poderes que ellas podrían tener o representar hoy. Entre la certeza y la interrogación, sosteniendo implícitamente el tránsito entre una y otra, se encuentran los tiempos que han pasado, las transformaciones del vivir, el pensar y el sentir que atraviesan esas radios porque atraviesan las realidades nacionales y regionales y las prácticas individuales y colectivas de las que ellas están hechas.

Pero el enunciado *poderes históricos*, con toda la asertividad que tiene, también habilita una pregunta. Permite preguntarse si la referencia a la historia alude al pasado como lugar cerrado, como momento concluido, o al pasado como etapa constitutiva y dato que sigue operando como referencia a partir de la cual e incluso contra la cual, se puede imaginar y construir un nuevo presente.

Si asumiéramos la primera posibilidad –y son muchos quienes hoy producen lecturas de ese tipo- lo que necesariamente haríamos sería confrontar un pasado que se presume glorioso, o al menos exitoso, con una situación incierta. Hubo un tiempo en que la propia ALER se preguntó si seguían vigentes las radios populares; si seguían teniendo incidencia¹. Vistas en perspectivas creo encontrar, en algunas de las respuestas que nos dimos en la investigación concluida en el 2000, esta manera de asumir los poderes históricos de las radios populares. Alguien entrañablemente comprometido con ellas como Eloy Arribas, al presentar el libro de testimonios que titulamos *¿Siguen vigentes las radios populares?*², decía que resultaba difícil “analizar en unas líneas los complejos y diferentes problemas, dificultades y desencantos que hoy tiene una propuesta comunicativa que tuvo momentos brillantes en los años ochenta y noventa del ya pasado siglo”. Una propuesta –seguida diciendo Eloy- “que tercamente, se va abriendo camino en medio de una realidad donde los sueños son carne para los chistes o donde las palabras como solidaridad, justicia o libertad se quieren arrinconar en el diccionario de los anacronismos”³

¹ Ver Andrés Geerts y Víctor Van Oeyen, *La radio popular frente al nuevo siglo: estudio de vigencia e incidencia*, ALER, Quito, 2001

² El libro contiene testimonios recogidos durante el desarrollo de la investigación

³ Hernán Gutiérrez y María C. Mata (eds.). ALER 2001, pp. I y II

En cambio, si asumimos la segunda perspectiva, podemos intentar comprender de qué manera la cuestión del poder ha estado presente en el devenir de las radios populares -devenir hecho constantemente de apuestas, de riesgos, de intentos, de avances y retrocesos, de derivas y enrumbamientos- y de qué modo esa cuestión no tuvo en algún momento una resolución eficaz que luego habría perdido vigencia, sino que fue y es la que una y otra vez las enfrenta, en cada contexto espacial y temporal, a la necesidad de definir lo que se proponen y diseñar las estrategias para conseguirlo.

En ese sentido, contra una mirada que pueda cosificar el pasado, creo que sería posible y productivo escribir una historia de las radios populares en América Latina a partir de sus modos de vincularse con los poderes establecidos legítima o ilegítimamente y a partir de los modos en que sus prácticas instalaron o pretendieron promover alternativas y contrapoderes. Entendiendo aquí el poder no como instancia cristalizada de autoridad sino como la capacidad transformadora de la práctica a través de la cual unos individuos o instituciones se convierten en sujetos, en actores que alteran un orden de cosas que consideran injusto o insatisfactorio en función de sus principios e intereses.

Una tarea semejante excede los alcances de esta intervención, pero adopté esa clave de trabajo para realizar algunas reflexiones en torno al tema que nos convoca. Reflexiones que articulo alrededor de tres dimensiones del poder presentes en el devenir de las radios populares: el poder saber, el poder hablar y el poder ser y actuar colectivamente. Dimensiones íntimamente vinculadas pero que creo pueden abordarse en su especificidad porque recubren, por así decirlo, diferentes aspectos de la práctica de las emisoras, como se revela en *La Práctica Inspira*⁴, ese texto complementario de la investigación sobre vigencia e incidencia, a cuyos contenidos aludiré en más de una ocasión porque ciertamente se trata de un libro inspirador que las radios populares latinoamericanas permitieron escribir.

El poder saber

Es difícil pensar en el devenir de las radios populares sin recordar las concepciones difusionistas y desarrollistas que inspiraron algunas experiencias de los años 50 y 60 del pasado siglo, y que postularon el uso de la tecnología para facilitar la alfabetización de poblaciones indígenas y campesinas del continente o su escolarización formal. Puede parecer un dato absolutamente desechable para iluminar nuestras realidades; sin embargo, me permito recuperarlo como el primer eslabón de una cadena que ata fuertemente a las radios populares con la cuestión del saber y específicamente del poder saber. Porque fue entre otras cosas el cuestionamiento de la legitimidad de ese saber –asociado con el acceso a unos conocimientos mínimos para garantizar la incorporación más funcional de vastos sectores a los mercados productivos⁵–,

⁴ Andrés Geerts, Víctor Van Oeyen y Claudia Villamayor, ALER-AMARC, Quito, 2004

⁵ Esa y no otra fue la intencionalidad de los procesos de educación y modernización campesina planificados en América Latina desde instituciones tales como la Alianza para el progreso y sus agentes nacionales.

lo que llevó a que muchas de esas radios hicieran suyos desde mediados de los años 70 y durante los años 80 los objetivos y estrategias de la educación popular.

Las radios populares reconocieron que la miseria y la opresión social y política eran consecuencia de unos actores que habían acumulado poder porque históricamente se habían apropiado de la tierra y de la fuerza de trabajo de los sectores populares, pero que en el mismo proceso de dominación se habían convertido en dueños de unos conocimientos instituidos como verdaderos – científicamente válidos y socialmente útiles-, invalidando múltiples modos de aproximarse a la comprensión de la realidad. Los modos que nombrados como *populares*, se asociaban con el atraso, la superstición, la inmediatez, la imposibilidad de universalizarse y que eran fruto en algunos casos de culturas milenarias y en otros de la lucha cotidiana por sobrevivir o de las luchas reivindicativas que campesinos y obreros desarrollaban.

Desde ese reconocimiento, las radios populares se afirmaron como **radios educativas** instalándose como espacios para un saber otro que adquirió variadísimas formas. La recuperación de la historia de comunidades y pueblos, la conversión de experiencias de trabajo y organización en enseñanza a través de su difusión y debate, la recuperación de formas expresivas autóctonas y subvaloradas, se dieron la mano con la divulgación de conocimientos técnicos y científicos adecuados para los desarrollos productivos locales y para atender los problemas prácticos de una vida cotidiana carente de recursos suficientes. Por eso, a pesar de que las radios populares pocas veces confrontaron abiertamente los sistemas y las políticas educativas oficiales, fueron reconocidas como lugares de aprendizaje, de producción de un saber cercano y colectivo reivindicado como propio por diversas comunidades.

Fue desde el mismo reconocimiento que las radios populares se afirmaron como **medios informativos** y en este caso sí en abierta confrontación con el poder comunicativo, es decir, con los medios masivos hegemónicos, instituidos como proveedores legítimos del saber sobre esa materia naturalizada como “la actualidad” y cuya condición de artefacto construido por ellos mismos ocultaban. En ese terreno, las radios populares fundaron en buena medida su alternatividad. No voy a detenerme en la enumeración de los múltiples modos en que lo hicieron y tampoco aludiré a las dificultades experimentadas y no siempre superadas en la construcción diferenciada de la información. Pero quisiera destacar algunos procedimientos y resultados insoslayables. Esas emisoras disputaron con sus corresponsales populares los criterios liberales de la profesión periodística; convulsionaron el concepto de noticia fundado en criterios estándares establecidos mercantilmente; ampliaron las clásicas fuentes jerarquizando la información provista por actores populares; innovaron los formatos y mezclaron géneros anticipándose en mucho a la hibridación que décadas más tarde caracterizaría la comunicación masiva. Y todo eso lo hicieron revirtiendo los dispositivos de ocultamiento del poder: cuestionando públicamente la noción de objetividad y asumiendo el carácter deliberado de las agendas que construían.

Por eso, la afirmación de esas radios como medios informativos populares y alternativos significó al mismo tiempo la impugnación del poder expresado en los medios hegemónicos y la posibilidad, para muchos, de reconocer esos derechos formalmente consagrados en algunos textos constitucionales pero siempre denegados en la práctica para las grandes mayorías de nuestros países.

El poder hablar

Recuerdo la IX Asamblea de ALER, realizada en 1994 en Ecuador. Radio Latacunga y ERPE habían sido censuradas por el gobierno acusadas de “haber sublevado” a los indígenas que desde su movimiento nacional luchaban contra la sanción de una ley de tierras que amenazaba destruir su cultura y sus posibilidades de vida. En una carta dirigida al presidente de la República las radios presentes en la Asamblea manifestaban que “ambas emisoras lo único que hicieron fue permitir que los sectores indígenas se expresen con su voz e informar acerca de los acontecimientos que se dieron en el país...”

Agitadoras y subversivas fueron calificaciones utilizadas en casi todos los países de América Latina y el Caribe por los gobiernos dictatoriales –pero también por otros elegidos mediante procedimientos democráticos– para nombrar las emisoras populares y justificar medidas represivas contra ellas y sus integrantes. Ciertamente, la irrupción de las voces acalladas históricamente en el espacio público, subvertía y subvierte el orden establecido; conmueve la seguridad de quienes sólo reconocen su propia voz como dotada de la legitimidad necesaria para ser escuchada por todos.

Sin lugar a dudas, el poder hablar en las radios populares “como lo que se es”, representó una conquista. Algunas emisoras se asumieron como la voz de “los sin voz”; una condición que se asociaba a alienación, a imposibilidad de reconocer el extrañamiento que el sistema de explotación capitalista producía no sólo respecto del fruto del trabajo apropiado, sino también respecto de los valores, ideas y tradiciones de los grupos excluidos del poder –fuesen etnias, comunidades agrarias, comunidades obreras urbanas–. Por eso no tener voz equivalía a haber perdido la palabra propia que debía recuperarse para hacer posible la liberación de toda opresión. En otras experiencias, la idea de unas mayorías “sin voz” a la cual debía dársele fue discutida y revisada: fueron las que propugnaron “dejar oír la voz del pueblo” o “abrir los micrófonos” para que ella se escuchara. Escuchando y dejando hablar, las radios populares inauguraron una polifonía desconocida porque se desplegaron en ellas las voces negadas no sólo por los medios masivos sino por quienes en diferentes ámbitos establecían las reglas del juego del decir: los que habilitaban voces, temas, lenguajes y modalidades expresivas en la casa y la escuela, en las organizaciones sociales y en las iglesias...porque en múltiples espacios se ejercía el dominio y se buscaba someter a los más débiles, a los diferentes, a quienes confrontaban el orden estatuido por juzgarlo injusto o insatisfactorio para sus necesidades, intereses y deseos.

Es cierto que existieron emisoras que ejercían celosamente su papel de *porteros* de la palabra popular reproduciendo los dispositivos de control y

vigilancia que programáticamente denunciaban. Sin embargo, los habitantes de campos y de barrios supieron que pronunciar la palabra acallada era hacerla reconocible por los iguales y puente para la interacción, la construcción de acuerdos y proyectos comunes. Pero que también era hacerla audible para los otros. Otros diferentes a quienes se interpelaba solicitando atención, solidaridad, apoyo para las propias causas al considerar que ellas trascendían lo particular. Y audible para aquellos con quienes se confrontaba y se disputaba el poder y ante los cuales esa palabra se esgrimía como símbolo de existencia, de resistencia y de lucha. Como territorio de construcción del antagonismo y señal inequívoca de voluntad de poder alternativo.

El poder ser y actuar colectivamente

Cientos, miles de testimonios y experiencias, de relatos contados una y otra vez en la larga historia de los radios populares de América Latina y el Caribe nos enseñaron que el poder saber y hablar de acuerdo a ciertos valores y principios y motivados por ciertos intereses, representó conquistar la dignidad para los ninguneados. Todavía hoy, en vísperas de la Asamblea de ALER, hemos podido escuchar en su página web a mujeres paraguayas organizadas en la CONAMURI que hablan de ese lugar –las emisoras comunitarias- donde se sienten reconocidas como lo que son. Pero dar un ejemplo, citar un caso, es empobrecer los procesos de restitución y afirmación de identidades que los radios populares facilitaron. Tal vez uno de los datos más conmovedores que asoman en las páginas de *La Práctica inspira* tiene que ver con esa compleja asociación entre alegría y orgullo que respiran desde los niños y jóvenes de “Los Cumiches” nicaragüenses, a las mujeres de Chivalaki en Bolivia y que no puedo dejar de asociar con ese “inédito viable”, la “futuridad que debe ser construida” de la que hablaba hace tantos años Paulo Freire; es decir con esa potencialidad que se logra al romper “la cultura del silencio” y que permite comprender que es posible pensar y buscar otro modo de ser unos con otros⁶.

Pero el poder saber y hablar desde otro lugar y con otras reglas no quedó constreñido a dimensiones individuales porque además favoreció la constitución de organizaciones y comunidades que de disímiles maneras se vinculaban a los radios populares, en actores políticos. Las emisoras operaron como espacios de mediación e interrelacionamiento; de encuentro y diálogo. Fueron en muchos casos instrumentos claves para la visibilización de movimientos y formas de lucha. Cuando se involucraron en ellos como un actor más, las emisoras conocieron las tentaciones del vanguardismo y el basismo. Experimentaron la dificultad de establecer acuerdos y alianzas. Fueron víctimas del sectarismo y a veces se comportaron sectariamente. No lograron, salvo contados casos y a pesar de muchas declamaciones al respecto, configurar –preanunciar- en sus modos de gestión y toma de decisiones, la participación democrática de todos los actores que propugnan para el conjunto de la sociedad. En suma, fueron parte de los complejos procesos políticos que animaron las fuerzas revolucionarias y los movimientos populares latinoamericanos y fueron parte de sus contradicciones y derrotas.

⁶ Torres Novoa, Carlos (comp) *Entrevistas con Paulo Freire*, Gernika, México, 1978, p. 21

En ese sentido, las radios populares demostraron su capacidad de intervención política desde el campo cultural y fueron capaces de advertir la debilidad que implica en ese terreno el aislamiento. Fueron conscientes de la necesidad de fortalecerse ante las amenazas de restricción de su labor y de reconocer la necesidad de competir en el mercado mediático, aunque los esfuerzos asociativos con otros actores sociales y entre ellas no siempre arrojaron los resultados esperados. En muchos países no lograron ni leyes que las reconocieran y protegieran plenamente, ni estrategias de sustentabilidad y crecimiento alternativas y colectivas. Pero aún en medio de crisis e incertidumbres, tuvieron la capacidad de pensarse, de reflexionar, de modificar estrategias, de mantenerse unidas en redes nacionales y continentales. En suma, de asumir que su indiscutible poder para visibilizar realidades y palabras negadas, no está dado por unos programas exitosos, por una reivindicación específica alcanzada, por un logro particular, sino que, en tanto lo que se busca es poner en cuestión la división entre lo negado y excluido y los que niegan y excluyen –sea el poder político, el económico o las innumerables instituciones desde los cuales esos poderes se ejercen-, su poder –su contra-poder sería más preciso decir-, se construye y reconstruye cotidianamente, se afirma o debilita e función de unas condiciones y unas correlaciones de fuerza de las que se es parte activa y no simple víctima.

¿Desde dónde pensar hoy el poder en las radios populares?

Seguro existen muchos lugares y entradas enriquecedoras desde las cuáles pensar los desafíos que se plantean hoy a las radios populares de América Latina y el Caribe, para profundizar el poder que han construido y siguen construyendo en cada una de sus realidades. Podrían existir, por ejemplo, miradas que enfocasen las transformaciones tecnológicas y los fenómenos de globalización, o lecturas centradas en las dimensiones institucionales de las emisoras.

El camino que elijo para pensar los desafíos actuales, es de índole político-cultural y reconoce lo que en una entrevista brindada en 2008 en ocasión de la realización de La Cumbre de los Pueblos, Boaventura dos Santos expresaba del siguiente modo : “No creo que se pueda cambiar el mundo sin tomar el poder, pero tampoco creo que podemos cambiar algo con el poder existente. Entonces, afirmo que debemos cambiar las lógicas del poder, y para ello las luchas democráticas son cruciales”⁷.

Para pensar la transformación de esas lógicas creo necesario atender a dos procesos que caracterizan este tiempo. Por un lado la emergencia de la cuestión de la ciudadanía y por otro el lugar de las tecnologías y medios de información en la constitución del espacio público.

La ciudadanía es una figura que se ha instalado con fuerza en las prácticas y debates político-culturales actuales, como sustituto de las figuras de actores sociales y políticos clásicos en los procesos de democratización y transformación de la sociedad. Jurídicamente la figura no es nueva; pero ahora emerge con particular significación tras décadas de políticas neoliberales que

⁷ www.constituyentessoberana.org/3/destacados

achicaron los estados nacionales reduciéndolos a su mínima expresión y tras el quiebre de sistemas de representación política y sectorial encarnados en partidos y organizaciones reivindicativa. Como bien ha señalado Evelina Dagnino para el caso de Brasil -pero considero extensible a todo nuestro continente- es una figura que “cobró prominencia en las últimas dos décadas al haberse reconocido en ella un arma crucial no sólo en la lucha contra la desigualdad y la exclusión social y económica sino también –y más importante aún- en la expansión de las concepciones dominantes de la política misma”⁸. Es decir, en la luchas por la definición de lo que puede entenderse como “arena política: sus participantes, sus instituciones, sus procesos, sus proyectos”⁹, y que por eso mismo va a revelar la politicidad de esferas antes consideradas como apolíticas como las relaciones de género, las diferencias generacionales y culturales, el terreno de la recreación, el del consumo, entre muchas otras.

La escena de nuestros países se ha plagado de movilizaciones y prácticas articuladas en torno a la demanda por derechos. Unos derechos que no sólo se reclaman ante el Estado –anterior referente en términos positivos y negativos de la ciudadanía entendida en términos jurídicos- sino ante el conjunto de poderes locales, nacionales y globales que los coartan, los niegan o que no permiten ampliar los pocos derechos que aún existen para las mayorías desempleadas, empobrecidas, para las minorías ignoradas, maltratadas y reprimidas y para quienes por sus particulares rasgos -el sexo, la edad, el lugar marginal en que se vive...- son tratados como ciudadanos de segunda clase.

Porque no es el estado el que en todos los países de nuestro continente impide a las mujeres el derecho a decidir sobre su derecho a procrear o a no procrear sino que a veces el mismo estado debe enfrentar a enormes poderes como el representado en algunas iglesias que pretenden imponer sus dogmas y valores por fuera de la comunidad de sus creyentes. Porque no es sólo el estado el que restringe las posibilidades expresivas, el derecho a comunicar de todos y cada una, sino los poderosos conglomerados de medios a veces aliados al poder representado en los estados nacionales y a veces en lucha contra ellos.

Son esas demandas colectivas las que constituyen eso que hoy nombra la ciudadanía ya no como un grupo de individuos poseedores legalmente de ciertos derechos y obligaciones, sino como actitud y condición asociada a la reivindicación de ser y contar, de tener arte y parte en las decisiones que afectan a la vida en sus múltiples dimensiones, por fuera de modos esencialistas de reducir la marginación a aspectos puramente económicos y de reducir los individuos a su pertenencia a un determinado sector social.

Al mismo tiempo, vivimos en medio de un incesante proceso de mediatización de la sociedad que impide pensar en un espacio público al margen de las tecnologías de información y los medios masivos. Crece entonces, entre quienes reclaman y formulan propuestas de cambio, la convicción de que su acción debe ingresar en esos medios para hacerse visible, adquirir genuina

⁸ “Concepciones de la ciudadanía en Brasil: proyectos políticos en disputa” en Cheresky, Isidoro (comp.), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2006, p. 387

⁹ *Idem*, p. 389

existencia y ganar en eficacia. Pero ese ingreso cotidiano del dolor y las aspiraciones de otros modos de vivir en los medios masivos, formateado bajo las lógicas técnicas, ideológicas y mercantiles que los regulan tiende, como muchos analistas señalan, a hacerles perder su capacidad revulsiva y a transformar las situaciones que se exhiben –por movilizadoras que puedan parecer-, en “aprobémáticas”¹⁰.

La enorme capacidad de recuperación por parte de los poderes mediáticos de las voces que demandan y proponen desde situaciones de exclusión y desigualdad, pero también desde expectativas innovadoras, representa una verdadera limitación del ejercicio ciudadano. Los condicionamientos con que esas voces tienen que expresarse, las manipulaciones a que se las somete, son dispositivos claves para esa limitación. Pero no lo son menos la fragmentariedad con que ellas pueden pronunciarse, el carácter episódico que siempre adquieren los reclamos y luchas que en cambio son producto de una enorme acumulación de sufrimiento y esfuerzos, y su igualación con episodios más o menos violentos, espectaculares o vulgares.

Y hablo de limitación porque insisto en que la ciudadanía no es un colectivo de personas pre-constituido por compartir legalmente una nacionalidad y ciertos rasgos –como la edad o el estado civil- que les habilitan para ejercer derechos comunes y algunos específicos, sino que se constituye en el momento mismo en que irrumpe en el espacio público reafirmando el derecho a tener esos derechos ya consagrados y buscando discutirlos y ampliarlos. En ese sentido, esta figura de la ciudadanía asumida por muchos movimientos sociales y pensadores, viene a cuestionar de manera radical no sólo las condiciones económicas que conllevan la pobreza y la exclusión, sino que ponen en cuestión la “organización desigual y jerárquica de las relaciones sociales en su conjunto”¹¹. Esa organización que más allá de los estatutos legales, niega a los pobres pero también a las mujeres, los jóvenes, los niños, los indígenas, a los diferentes, su derecho a tener derechos.

De ahí que podamos afirmar que esta figura de la ciudadanía recupera para la política una profunda clave cultural y comunicativa; porque de lo que se trata es de confrontar el conjunto de clasificaciones y calificaciones que imperan, se difunden y se reproducen en múltiples ámbitos e instituciones, estableciendo jerarquías que implican la subordinación de unos al poder de otros.

En 1997, en un acto de homenaje a los “sin papeles” de su país, Étienne Balibar –un pensador francés que analiza sostenidamente la cuestión de la ciudadanía- señalaba de qué modo esos migrantes habían recreado la ciudadanía al “haber forzado las barreras de la comunicación, por haberse hecho ver y oír como lo que son: no fantasmas de delincuencia y de invasión, sino trabajadores, familias a la vez de aquí y de otras partes, con sus particularismos y la universalidad de su condición de proletarios modernos. Han hecho circular en el espacio público –decía Balibar-, hechos, cuestiones, incluso contradicciones en relación con los problemas reales de la inmigración, en lugar de los estereotipos repetidos por los monopolios que dominan la

¹⁰ Bauman, Zygmunt, *La sociedad sitiada*, FCE, Buenos Aires, 2002, p. 259

¹¹ Dagnino, E. *Op. Cit.*, p. 393

información. Así nosotros comprendemos mejor lo que es una democracia: una institución del debate colectivo, pero un debate cuyas condiciones no son jamás impuestas desde arriba. Siempre es necesario que los interesados conquisten el derecho a la palabra, la visibilidad, la credibilidad, corriendo el riesgo de represión [...]"¹²

Lo que me interesa destacar de esas palabras de Balibar, es de qué modo asocia la condición ciudadana con el forzamiento de las barreras de comunicación que aquellos migrantes indocumentados –colocados en los márgenes de la sociedad- produjeron, haciéndose ver y oír como lo que eran, adquiriendo de ese modo un nuevo estatus de personas que reconocen sus derechos.

Ese forzamiento implica al menos tres operaciones. Por un lado, una imposición tópica; es decir, una introducción de temas ausentes en el espacio público. Por otro, una modificación de las reglas discursivas que, en palabras del propio, Balibar “no quiere decir encontrar una estrategia de comunicación mediática para los ‘excluidos’”, sino que consiste en “obligar a la sociedad[...] a ver lo que no quiere ver y a oír lo que no quiere oír: la violencia de la exclusión y de las desigualdades que ella engendra, y sacar así a la luz de un discurso público la negativa a ‘mantenerse en su lugar’ de aquellos cuyo lugar es insostenible, aquellos a quienes en realidad no se reconoce ningún lugar y que son cada vez más numerosos”¹³ Por ello, la tercera operación implicada en ese forzamiento de las barreras de comunicación, será siempre un acto de arrojo, una conquista, una subversión respecto del sistema comunicativo vigente.

¿Cuál sería la novedad de este nuevo modo de pensar la ciudadanía respecto de la manera de pensar el pueblo y sus anteriores y cristalizados modos de representación que había orientado en buena medida la práctica socio-cultural de las radios populares? ¿Qué hay en ella que pueda enriquecer nuestra mirada para que las potencialidades probadas de las radios populares encuentren cauces fértiles en los tiempos actuales que son tiempos de mediatización, pero también de emergencia de múltiples y nuevos actores ciudadanos?

Algunas respuestas que me doy a esas preguntas no serán, seguramente, una novedad para muchos de ustedes que sólo encontrarán en ellas una explicitación de su práctica. En otros casos, ellas pueden incomodar a ciertas visiones reduccionistas o instrumentales de la comunicación y la radio, o a ciertas visiones sustancialistas de la política que a veces hemos asumido.

Por un lado, creo que se impone a las radios populares el desafío de reconocer que la posibilidad ciudadana es múltiple, heterogénea, y que no coincide exactamente con aquellos actores clásicos a quienes se otorgaba prioritariamente la voz que otros medios acallaban porque se los consideraba actores principales de la transformación social en virtud de su ubicación en la

¹² En *Derecho de ciudad. Cultura y política en democracia*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004 pp.27-28.

¹³ *Idem*, pp. 134-135

dinámica económica y política. Esto demanda la fértil intuición para detectar cada posible movimiento de emergencia de grupos que pugnan por cuestionar el discriminatorio orden social existente, la amplitud necesaria para dar cabida a la pluralidad de expresiones que reivindican otro orden posible y el reconocimiento de la alteridad y del derecho a la alteridad como única posibilidad de subvertir unos modos de representación pública de los sujetos fundados en criterios mercantiles de noticibialidad. Se perderán energías y esfuerzos, seguramente, porque existirán movimientos episódicos, fugaces. Pero aquella polifonía que las radios populares supieron instaurar con la voz de los sectores populares requiere expandirse y abrirse innovadoramente. De lo contrario, esa variedad que pugna por hacerse oír desde reclamos muy particulares, desde confrontaciones estéticas, desde nuevas sensibilidades, buscará otros cauces mediáticos en los cuales las lógicas mercantiles podrán acallar su posible carácter revulsivo.

Por otro lado, reivindicando su rol mediador y articulador, las emisoras populares enfrentan el reto de constituirse en espacios estables de encuentro. La ciudadanía emergente, por su carácter de tal, es fluctuante e inestable, no tiene muchas veces el carácter orgánico o institucional que se requiere para acumular fuerzas y por tanto poder de confrontación. Las radios populares pueden, por la experiencia desarrollada y los dispositivos tecnológicos con que cuentan, ser lugar de convocatoria, de archivo de datos, de memoria viva de las luchas, de amplificador a niveles regionales, nacionales e incluso internacionales de protestas, demandas y propuestas.

En el mismo sentido, creo que otro desafío que se presenta a las radios populares –y que estarían en condiciones de asumir- es el de convertirse en espacios de agregación. Las demandas ciudadanas, caracterizadas por el particularismo no deberían ser tildadas de minúsculas o irrelevantes por esa razón. Antes bien, desde las emisoras populares podrían construirse puentes, diseñarse convergencias y parentescos, provocarse acercamientos. Es necesario disputar a los medios de comunicación hegemónicos el trazado del mapa de la ciudadanía. Ese mapa no puede ser más el de unos individuos aislados que reclaman en pantallas y ondas por su sufrimientos sino una urdimbre hecha con hilos de diferente espesor y color pero capaz de entretejerse diseñando combinaciones que alteren los lugares y jerarquías establecidas en las prioridades de gobernantes y en las agendas mediáticas. Ese nuevo mapa debe posibilitarnos comprender las regularidades y conexiones que existen entre los diferentes tipos de exclusión y la posibilidad de colectivizar las alternativas de inclusión y equidad.

El forzamiento de las barreras comunicacionales, esa necesidad de que la sociedad escuche lo que no quiere oír porque supone alterar las jerarquías existentes y la definición de lo legítimo, no puede restringirse al abrir los micrófonos para hacer visibles los movimientos ciudadanos. Lo saben –como leemos en *La Práctica Inspira*- los compañeros de “Atipanaku”, el programa deportivo de ACLO Sucre (Bolivia), que tras años de recuperación de una práctica cultural como el fútbol jugado por las comunidades indígenas y campesinas, logran institucionalizarla en el espacio público a través de la creación de ligas municipales y regionales autónomas, instituyendo el derecho

del pueblo a la recreación por fuera de las lógicas mercantiles que gobiernan el deporte espectáculo de las grandes ligas. Lo saben Radio Marañón, la Voz de la Selva y Cutivalú (Perú) que trabajan desde las Mesas de Diálogo y Concertación dejando en claro que lo público comunicativo no se agota en sus programas de radio sino en la construcción de diálogos y alianzas para poner en cuestión los lugares asignados por el poder a quienes no lo tienen.

Experiencias como éstas muestran de qué modo las radios han asumido también su ciudadanía, al asumir solidariamente demandas y propuestas de organizaciones y grupos sociales, pero también interviniendo con autonomía, con iniciativa y voz propia, remodelando las lógicas que escamotean, que encubren la condición de actores políticos de los medios de comunicación. En ese terreno, las luchas por los derechos a la información y la comunicación emergen como un campo de acción inexorable para las radios populares. Sabemos que el panorama legislativo y las políticas públicas de comunicación dominantes en nuestro continente restringen esos derechos e incluso en muchos casos ponen en inferioridad de condiciones y hasta en riesgo a las radios populares. Por otro lado, si bien existen críticas hacia los medios de comunicación más concentrados y hegemónicos, su naturalización como espacios legítimos de comunicación, la condición de públicos de esos medios que todos tenemos, el reconocimiento de su funcionalidad respecto del poder que les otorga privilegios y seguridades impide asumirlos -como venimos constatando en diversas investigaciones que realizamos en Argentina-, como objeto de demandas. Una suerte de resignación o fatalismo se instala frente a ellos, debilitando el ejercicio ciudadanía comunicativa, es decir, el reconocimiento pleno del derecho a tener derechos de comunicación que esos medios no garantizan o impiden.

Otro de los desafíos mayúsculos que las radios populares enfrentan para poder revelar ante la sociedad lo que no quiere verse ni oírse, se vincula con la escasez de lo que Herbert Schiller ha denominado información “socialmente necesaria”. Bajo las promesas de la denominada sociedad de la información, y con señala el argentino Aníbal Ford, *“toda una generación de administradores de bases de datos, altamente especializados y de formación principalmente técnica, tiene acceso privilegiado a la recolección y análisis de los datos personales de mucha gente y participan en las decisiones sobre su ulterior uso [...] Al margen quedan los 'infopobres', condenados a que su identidad sea reducida a una intersección de diversas bases de datos, sin tener el conocimiento ni el poder necesarios para balancear en su favor la brecha informacional”*¹⁴. Una brecha que no es de ningún modo un fenómeno natural sino, como todas las desigualdades materiales y culturales, producto de un complejo proceso de nominación de lo real y de distribución de aquello que esa nominación propone como bien valorado.

En este terreno, el francés Alain Minc, enfatiza un problema: la “mediocridad de la información social”: *“Los datos macroeconómicos –señala- nos asaltan sin cesar. Tanto es así que hemos terminado por adquirir una mínima cultura económica, a menudo muy a pesar nuestro. Más aún, la realidad económica baña el conjunto de nuestras preocupaciones, En cambio, el ámbito social*

¹⁴ *La marca de la bestia*, Buenos Aires, Norma, 1999, p.210

*sigue siendo una terra incógnita: ni datos globales, ni conocimiento preciso de los sectores afectados, ni información exhaustiva sobre el conjunto del sistema, ni interés de la sociedad por una materia que sin embargo determina su vida cotidiana...*¹⁵

La multiplicación y fortalecimiento de la ciudadanía requiere de un cada vez más denso trabajo en la producción de información relevante acerca de las causas de las múltiples exclusiones y de la intolerancia y la represión de las diferencias que caracterizan nuestro tiempo. Requiere de un proceso creciente de informatización que recupere el saber vivido y le permita nutrirse de los conocimientos inaccesibles imprescindibles para imaginar nuevos órdenes económicos, políticos y culturales. Las radios populares tienen hoy a su disposición un conjunto de herramientas tecnológicas de las que carecían en otras épocas. Ellas no pueden utilizarse sólo para acceder a mayor diversidad de fuentes informativas o para agilizar la operación técnica de las emisoras. Tienen la posibilidad de ser utilizadas como instrumentos para generar conocimiento pertinente y situado que fortalezca la voz ciudadana, sus demandas y propuestas. Les llevó años a un grupo de mujeres cordobesas, conocidas como las Madres de Barrio Itzaingó, poder obtener la información suficiente para probar que las enfermedades y la muerte de hijos y vecinos se debía al uso de agroquímicos en campos cercanos a su barrio. Ni el estado, ni los medios masivos, ni siquiera la universidad pública les proveyeron el conocimiento para sustentar sus demandas y propuestas que finalmente la justicia aceptó, prohibiendo el uso del glifosato y el endosulfán a menos de quinientos metros de zonas urbanizadas y procesando por contaminación dolosa del medio ambiente a los productores que lo utilizaron. En casos como éstos es donde las radios populares pueden seguir trabajando para hacer realidad el poder saber.

La credibilidad ganada por las emisoras populares, la condición de verdaderas escuelas que ganaron, es sólida base para su conversión en nodos de conocimiento alternativo y calificado. Algo que seguramente necesitará del concurso de múltiples actores a los que ellas están obligadas a nuclear no sólo para reducir brechas, sino para trazar una brecha distintiva respecto de las agendas mediáticas existentes.

Por último, y aunque seguramente el diálogo suscitará muchas más respuestas a las preguntas que me formulara, no quisiera cerrar esta intervención sin reconocer uno de los desafíos que todos y todas quienes hacen las radios populares de nuestro continente viven cotidianamente con mayor o menor angustia y enfrentan con mayor o menor energía: las radios son una relación comunicativa, un habla que demanda la escucha, unas palabras y sonidos que se emiten buscando suscitar atención, respuesta, deseos, otras nuevas palabras que se multipliquen en un discurso colectivo. Las radios populares no pueden asumir el reto de ser esos actores político-culturales necesarios para la constitución de una ciudadanía fuerte, con capacidad de intervenir en la dinámica social para producir transformaciones inspiradas en los ideales de justicia y democracia, sin aceptar, al mismo tiempo e indisociablemente, el desafío de ser escuchadas. Tal vez hoy, en estos tiempos de profunda

¹⁵ *La borrachera democrática*, Madrid, Temas de Hoy, 1995, pp. 71-72

mediatización, de cultura modelada desde los medios hegemónicos, lo más difícil sea crear alternativas radiofónicas y crear audiencias desde la polifonía y la particularidad pero propiciando el reconocimiento de unos y otros, de unas y otras; es decir, propiciando la inclusión que el orden imperante niega a muchos y muchas. Y esa inclusión va desde la grilla de programación a los modos de gestión institucional; desde los modos en que se investiga la realidad a los modos en que se convierte a las emisoras en el lugar donde se encuentra un espacio de respeto y ayuda o la posibilidad de una alianza política. Lo hacen de un modo u otro las emisoras que hablan en *La Práctica Inspira* y que, sin negar la importancia de ganar audiencia, se atreven a impugnar criterios radiofónicos establecidos.

Lo muestra Radio Favela (Brasil), que crea un nuevo lenguaje –el favelés- al asumir su hábitat estigmatizado como realidad que ya nadie en Belo Horizonte puede desconocer en su complejidad y riqueza.

Lo dice Mary Pérez, de La Voz de la Selva (Perú) cuando afirma: *“Hemos aprendido a ser tolerantes y a saber escuchar. Los indígenas se toman todo el tiempo para hablar, ellos se hacen comprender despacio sin hablar rápido. Con ellos debemos olvidarnos del tiempo y dedicarles todo el tiempo...”*

Lo dice también Ronaldo Blandón, un corresponsal infantil de 13 años de Radio Cumiches (Nicaragua). Cuando unos periodistas extranjeros le preguntaron qué haría si anduviese en la calle buscando noticias y de pronto advirtiera que habían violado a una niña, Ronaldo contestó: *“Primero la abrazaría y le diría que la amamos. ‘Vos seguís siendo una niña, no tenés culpa’. La llevaría al hospital, avisaría a su familia y en la radio le daríamos mucho amor y luego denunciarnos y ayudamos para que encarcelen a la persona que le hizo daño. Haría un programa previniendo sobre esas cosas que queremos que no pasen a nadie. Pero no sería una noticia de estar sacándola por la radio, mucho menos decir el nombre de la niña. Somos distintos a otras radios”*

Estoy convencida –y éste sigue siendo el mayor desafío- que lo que hace la diferencia de las palabras y los sonidos no puede separarse del modo en que las radios populares se construyen a sí mismas como actoras de otra manera de entender la comunicación que es, en suma, expresión de la búsqueda de otro modelo de sociedad.

